

TERCER SUBSIDIO PARA EL ITINERARIO DE CONVERSIÓN PASTORAL



Vicariato San Alonso de Orozco
Orden de San Agustín

LOS ENCUENTROS, PASO A PASO

Los temas responden a una misma propuesta metodológica. Cada uno está orientado por un propósito, y se ordena en cuatro momentos o pasos.

Al comienzo de cada tema encontrarán un PROPÓSITO. En pocas palabras hemos querido resumir aquello que queremos proponer, compartir e invitar a profundizar. En el desarrollo del encuentro mismo, es importante no perder nunca de vista este propósito. Nos servirá de orientación y de guía, para no desviarnos hacia aspectos secundarios o temáticas que serán tratadas en otro momento del itinerario.

1. Entra en ti mismo

El primer momento es tomar contacto con la experiencia de vida que cada persona trae al encuentro. Toda vida tiene un sentido en el proyecto de Dios y Dios mismo no está ausente de ninguna historia personal. Por eso, partimos de nuestra vida...

En este momento del encuentro, los encargados buscarán facilitar un clima de confianza y de fraternidad en el que cada uno pueda expresarse con libertad. Es importante que adopten una actitud de escucha respetuosa, sin emitir juicios ni dar opiniones sobre lo que cada persona comparte. Cada historia personal es valiosa así como es.

2. Textos para reflexionar

En un segundo momento queremos compartir la lectura de diversos textos que nos puedan iluminar para la reflexión personal y comunitaria.

3. Trasciéndete a ti mismo

Después de leer y reflexionar los textos, volvemos sobre nuestra vida para descubrir y profundizar a qué nos invitan los textos. Se trata de generar un ámbito de reflexión que permita apropiarse de lo dialogado. Proponemos algunas preguntas disparadoras.

4. Orar en comunidad

"La peregrinación interior se inicia en la plegaria". Y finalmente celebramos la vida iluminada por la Palabra de Dios. Este último paso de oración comunitaria no es un agregado que se pueda

pasar por alto, o abreviar porque nos queda poco tiempo... Es un momento importante, en el que nuestras palabras y nuestros gestos son una primera respuesta al cambio que se nos propone.

Estos cuatro pasos describen el movimiento de cada encuentro, el paso a paso que nos permitirá ir haciendo nuestro camino.

Tema 3

SER ELEGIDO, ESPIRITUALIDAD AGUSTINIANA

Propósito Que pueda reconocer la elección de Dios y dar una respuesta a este llamado.

- Entra en tí mismo**
1. ¿Cómo estás viviendo la elección de Dios?
 2. ¿De qué manera estoy viviendo mi vocación como laico?
 3. ¿Qué puntos podría remarcar de la espiritualidad agustiniana, cómo los estoy viviendo?

Textos para reflexionar

VOCACIÓN CRISTIANA

Es la primera vocación. Antes de cualquier otro título, "somos cristianos, no petrinos" (Comentarios a los Salmos 44,23). De otro modo, primero somos cristianos, no agustinianos. Dios nos llama como hombres y mujeres en un mundo histórico determinado, para integrarnos comunitariamente en la Iglesia y realizar una misión que no es otra que la evangelización. "Nacida, por consiguiente, de la misión de Jesucristo, la Iglesia es, a su vez, enviada por Él. La Iglesia permanece en el mundo hasta que el Señor de la gloria vuelva al Padre. Permanece como un signo, opaco y luminoso al mismo tiempo, de una nueva presencia de Jesucristo, de su partida y de su permanencia. Ella lo prolonga y lo continúa. Ahora bien, es ante todo su misión y su condición de evangelizar lo que ella está llamada a continuar. Porque la comunidad de los cristianos no está nunca cerrada en sí misma" (Evangelii nuntiandi, 15).

Es una elección gratuita a formar el Pueblo de Dios. Elección inmerecida y, de algún modo, sorprendente, porque no somos los

mejores ni los más capaces. Compartimos el desvalimiento y la fragilidad de todos los seres humanos. Nuestro título máspreciado es el haber sido elegidos y, por el bautismo, "enraizados y edificados en Cristo" (Colosenses, 2,6-7). Como consecuencia de nuestro bautismo, nos sentimos atraídos por el Espíritu de amor que nos empuja a salir de nosotros mismos, a abrirnos a los hermanos, a servir en comunidad.

No se puede pensar en una forma agustiniana de vivir sin la referencia a la matriz bautismal y no se puede pensar en una vida cristiana que excluya la comunidad. En san Agustín se da la conjunción fe cristiana- comunidad, fe cristiana-Iglesia, peregrinos en el mundo, ciudadanos futuros de una patria "donde no se pierde al amigo ni se teme al enemigo"... donde nace porque nadie muere... donde no se tiene hambre ni se tiene sed, porque la saciedad es la inmortalidad y el alimento es la verdad" (Tratados sobre el Evangelio de San Juan 30,7).

La espiritualidad agustiniana nos convoca a ser hombres y mujeres del mundo en el corazón de la Iglesia y hombres y mujeres de la Iglesia en el corazón del mundo. Una Iglesia madre y hogar (Comentarios a los Salmos 85,14; Tratados sobre el Evangelio de San Juan 3,1; Sermón 57,2; Sermón 56,14; Sermón 192,2...) que "nunca olvida sus entrañas maternas" (Sermón 352,3,9). Iglesia que queremos experimentar como lugar de comunión y participación, y ser en ella el pueblo nuevo de las Bienaventuranzas. Sin otra seguridad que sabernos amados y llamados por Jesucristo, con corazón sencillo, contemplativos para descubrir el misterio y el mensaje de la vida, atentos a leer e interpretar los signos de los tiempos, constructores de paz, portadores de alegría y esperanza porque siempre es posible renacer.

Es responsabilidad de los laicos comprometerse con las realidades temporales para ponerlas al servicio de la instauración del Reino de Dios. El mundo es nuestro lugar de trabajo y el solar donde tenemos que construir el Reino. San Agustín nos dejó los planos de una ciudad, la Ciudad de Dios, levantada sobre los cimientos de la paz, la justicia, la cooperación. Nuestra fe no es un paréntesis, sino una presencia viva y operante de Dios en el escenario político, social y familiar donde nos movemos. Sabemos que para ser levadura de Evangelio, tenemos que ocupar nuestro lugar en el mundo, emplear una paciente pedagogía de misericordia y estar muy convencidos de que nadie cambia

cuando se siente condenado, sino cuando se siente amado gratuitamente.¹

VER AL HOMBRE DESDE DIOS

La conversión, iniciativa de Dios y respuesta humana

La palabra conversión aparece unida a la historia personal de san Agustín. En el núcleo de toda conversión hay siempre una cita personal: Dios que llama a través de diferentes mediaciones y el ser humano que responde desde la libertad. La verificación de este encuentro se produce en la articulación fe - vida. Por eso la conversión tiene carácter unificador y totalizante, es un querer recio y entero.

Tanto la fe como la conversión se inscriben en un contexto de búsqueda. También aquí es clave la interioridad. Todo ser humano que quiere llegar al fondo de sí mismo, se encuentra con las preguntas últimas. Dios-vida-mundo, es el triángulo que concentra la reflexión. Con distintas derivaciones hacia el amor, el mal, el dolor, la muerte. Para desentrañar este argumento, hay que remontar el curso de nuestras actividades y transformarse uno mismo en pregunta, como escribe Agustín de modo muy expresivo: Me convertí en enigma para mí mismo y preguntaba a mi alma.

Aunque la conversión entra en el ámbito de la gracia y no es el resultado de ningún esfuerzo singular, la aproximación al mundo humano más profundo ha sido siempre uno de los itinerarios de acceso a Dios. No hay ningún camino que lleve necesariamente a Dios, pero también es cierto que la presencia de Dios se oscurece cuando el hombre desiste de ser humano y arroja su intimidad.

La condición de fragilidad se manifiesta en una lucha interior sin tregua y hace de la existencia humana un combate permanente. En el cambio del propio corazón arranca la transformación del mundo. No puede haber humanidad nueva si no hay, en primer lugar, hombres nuevos con la novedad del bautismo y de la vida de acuerdo con el Evangelio. Según sea la vida del evangelizador, será la luz de su mensaje.

¹ En camino con San Agustín, Elemento básicos de una fraternidad agustiniana secular, 2001.

No se puede entender la conversión como meta, sino como itinerario y principio unificador mientras nos ocupamos de labrar el terreno empobrecido de nuestra propia vida. Creer es convertirse y convertirse es creer. La fe y la conversión son acontecimientos interiores y comprenden la totalidad de la vida, el corazón. Dios no desea de ti palabras, sino el corazón.

LA JUSTICIA, LA PAZ Y LA SOLIDARIDAD, SIGNOS DEL REINO DE DIOS

Cuando Jesús anuncia el Reino de Dios, plantea, al mismo tiempo, la pregunta aparece en las primeras páginas de la Biblia: ¿Dónde está tu hermano?. Una pregunta que nos invita a abrir los ojos sobre la injusticia, la solidaridad, la paz, el sufrimiento humano. Desde la fe cristiana, nadie puede pasar de largo ante los caídos al borde del camino. Se puede hablar de una fe madura si no da la espalda a los problemas del hombre y del mundo. La fe cristiana se inclina de forma clara a favor de la justicia. Por eso se convierte en instancia crítica y fermento de una cultura que no justifique ni acepte resignadamente, por inevitable, una sociedad injusta e insolidaria.

El cristiano debe conocer su ciudadanía. "Debemos conocer Babilonia, en la que nos hallamos cautivos, y Jerusalén, por cuya vuelta hacia ella suspiramos". Esta es una idea reiterativa en san Agustín, aunque hoy haya que pasar por alto los nombres de los lugares geográficos. Los seres humanos y las ciudades, se definen por sus amores. "El amor de Dios construye la ciudad de Jerusalén y el amor del mundo la de Babilonia. Examínese cada uno a sí mismo para ver qué es lo que ama y sabrá de cuál de ellas es ciudadano". Hay una oposición entre los dos amores que definen a las dos ciudades. "Estos dos amores, de los cuales uno es bueno y el otro malo, uno social y el otro privado, uno que mira por la utilidad común y el otro que subordina lo común a lo propio por un deseo exaltado de dominio, uno fiel a Dios y el otro beligerante, sirven de distintivo para las dos ciudades en que está dividido el género humano".

Mientras que el amor del mundo provoca el dominio de la economía, la productividad y la eficiencia, el amor de Dios lleva al reino de la ética y de la justicia. Como el tiempo de la Iglesia es ya el tiempo del Reino de Dios, los poderes y las estructuras entran en crisis ante la claridad del Sermón de la montaña,

a la vez que surge la conflictividad sobre cómo configurar socialmente la vida de los discípulos de Jesucristo. Refiriéndose a las bienaventuranzas, san Agustín afirma que “este sermón contiene todos los preceptos de perfección que informan la vida cristiana”.

Esta lucha entre los dos amores que intentan levantar dos ciudades diferentes - el gran drama de la historia - se libra en el corazón humano. Es el complejo tema de la libertad ante la continua beligerancia entre deseos contrarios. Al ser la raíz de decisiones equivocadas, ven algunos la libertad bajo sospecha como origen de muchos males. San Agustín, sin embargo, ve en la libertad un gran bien, es un don de Dios, y la define como la capacidad que tiene la voluntad de decidir porque es dueña de sí misma.

El concepto de ciudad de Dios va, naturalmente, más allá de la organización de una ciudad humana. La ciudad de Dios viene de Dios, camina en Dios y va hacia Dios. “Distribuimos en dos géneros a los hombres: uno, el de los que viven según el hombre; otro, el de los que viven según la voluntad de Dios. Místicamente las llamamos dos ciudades, es decir, dos sociedades o agrupaciones de hombres”.

La Iglesia y la ciudad de Dios no se identifican, pero san Agustín localiza esta ciudad en la Iglesia. “Sabemos que Sión es la ciudad de Dios. Sión se llama la ciudad de Jerusalén, es pues, manifiesto que Sión es la ciudad de Dios; ¿y qué es la ciudad de Dios sino la santa Iglesia?. Por eso hablar de la Iglesia supone un aquí y un más allá, un hoy y un mañana último. Esta ciudad es construcción de Dios y construcción humana. Ciudad que se levanta en medio de un mundo de contrastes porque los infinitos rodeos de dos amores enfrentados revisten de dramatismo la historia humana.

Por fortuna nuestra, Jesucristo no nos ha dejado huérfanos, sino que nos ha dado otro Consolador que renueva con nosotros la faz de la tierra y es el verdadero fundamento de la nueva justicia y de la paz. Sin Él no podremos hacer nada, pero con Él podemos creer en el desarrollo de la ciudad de Dios aquí, desde ahora.

La lucha por la justicia, la paz y la solidaridad, pertenece a la

misión evangelizadora de la Iglesia. De toda la Iglesia, sin señalar fronteras entre sus diversos miembros, porque es un único sujeto histórico y no son los laicos los únicos responsables del mundo.

Se habla de una cultura de la solidaridad, del diálogo y de la paz, como exigencias de la conciencia cristiana, pero son tímidas las intervenciones decididas en el campo de la política social. ¿Dónde puede estar la singularidad agustiniana por la justicia? En su misma idea de la justicia que incluye la misericordia. "No podemos ser perfectamente justos si somos negligentes en practicar la misericordia". "Cuando la justicia se aplica sin misericordia, siempre encuentra algo que condenar". El realismo de san Agustín le lleva a decir: "El que se hace demasiado justo, debido a ese mismo demasiado, se hace injusto".

La justicia y la paz son amigas inseparables. "Obra justicia y tendrás la paz, par que así se besen la justicia y la paz. Si no amas la justicia, te faltará la paz. Estas dos virtudes: la paz y la justicia se aman y se besan mutuamente, de tal modo, que quien obrase justicia, encontrará la paz que abraza la justicia. Son dos amigas. Tú tal vez, quizá quieres tener una, y sin embargo, no ejecutas la otra. Nadie hay que no anhele la paz, pero no todos obran la justicia". Se quiebra la paz cuando se rompe la unidad. "No aman la paz quienes dividen la unidad". Para san Agustín, la paz es sinónimo de concordia y de orden. "La paz de todas las cosas es la tranquilidad del orden. Y el orden es la distribución de los seres iguales y diversos, asignándoles a cada uno su lugar".

LA ESPIRITUALIDAD AL SERVICIO DE LA EVANGELIZACIÓN

La atención a la dimensión mística o de interioridad desemboca en la acción evangelizadora, de acuerdo con los dones recibidos del Espíritu Santo. "No sean sabios para ustedes mismos, recibe el Espíritu. En ti debe haber una fuente, nunca un depósito; de donde se pueda dar algo, no donde se acumule". Casi en un exceso de celo pastoral, san Agustín exclama: "No quiero salvarme sin ustedes". La casa de Dios es toda la tierra y se edifica con la lectura de su palabra, el amor y la predicación del evangelio. La interioridad y la meditación disponen a recibir el alimento de la Palabra para después poder ofrecerlo. "Por la Iglesia que

se me ha confiado, debo tener la más grande solicitud. Estoy al servicio de aquello que le pueda ser útil; deseo no ser tanto su presidente como serle de provecho”.

Una perversión de la espiritualidad es considerarla sinónimo de ensimismamiento o de vida claustral. Como si se tratara de un camino de salvación personal y la fe y la esperanza cristianas se desentendieran de este mundo. La caridad, centro vital teórico y práctico de la espiritualidad cristiana y, consecuentemente, de la espiritualidad agustiniana, tiene su traducción en la justicia y la solidaridad. De modo que la caridad va unida a una nueva forma de mirar la realidad y al compromiso de su transformación desde el plan de Dios.

La obra de la evangelización, deber fundamental del Pueblo de Dios es un claro imperativo agustiniano. El viejo dilema acción o contemplación encuentra en San Agustín una solución armónica. Él tenía alma de místico y alma de evangelizador. “Es importante no perder de vista qué nos exige mantener el amor a la verdad, y qué sacrificar por la urgencia de la caridad. No debe uno, por ejemplo, estar tan libre de ocupaciones que no piense en medio de su ocio en la utilidad del prójimo, ni tan ocupado que ya no busque la contemplación de Dios”.

UNA MISMA ESPIRITUALIDAD COMPARTIDA POR RELIGIOSOS Y LAICOS

Una mirada a la historia nos muestra que siempre ha existido en la Iglesia una fecunda colaboración entre los religiosos y los laicos. También es cierto que la relación laicos-religiosos en el pasado se establecía en términos de dependencia más que de participación. Hoy los documentos eclesiales hablan de un nuevo tipo de comunión y se habla de enriquecimiento mutuo y de compartir un mismo carisma. Todo ello hace que esté brotando una nueva sensibilidad participativa en los laicos.

La unidad no anula ni borra la diversidad. Para ofrecer a los demás el servicio de la complementariedad, hay que mantener y desarrollar la propia originalidad. De lo contrario, todo es plano, se confunden y entremezclan funciones y se produce una inevitable pérdida de vitalidad y enriquecimiento.

Para llevar a la práctica la complementariedad de las diferentes

vocaciones en la Iglesia, llamadas a ser juntas testigos del Señor resucitado, hacen falta comunidades que sean centros de irradiación, de fuerza, de espiritualidad, de animación, de fraternidad que crea fraternidad, y de comunicación y colaboración eclesial, donde las diversas aportaciones contribuyen a construir el Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia.

¿La llamada hora de los laicos ha tenido ya una traducción efectiva y concreta? Existe una amplia literatura teológica y pastoral sobre el laicado y, en el orden práctico, las circunstancias soplan a favor de una mayor presencia de los laicos en la misión de la Iglesia. La realidad eclesial, sin embargo, es otra y casi siempre se utiliza el término colaboración, pocas veces se habla de participación y casi nunca de corresponsabilidad.

Aunque se afirme la igualdad de los cristianos a partir del bautismo no se puede nunca olvidar que se trata de una igualdad diferenciada. Vocaciones y roles distintos aunque complementarios. Es aquí donde se plantea el triple desafío de la comunión, la diferencia y la corresponsabilidad. No se puede delimitar de forma clara la aportación específica de los laicos y de los religiosos a la vida de la Iglesia porque no existen dos campos vallados para una y otra vocación. Sólo se pueden señalar unas claves o referencias que indican dos escenarios preferentes. A partir de esta necesaria advertencia, se podría afirmar que los laicos están vinculados más estrechamente con todas las realidades que forman el tejido social y el argumento de la vida cotidiana. Una ciudadanía más comprometida que la que ofrece nuestra democracia formal y más encarnada que la de un humanismo preocupado por la igualdad y la libertad.

El compromiso con la justicia, con la paz y la solidaridad necesita una motivación radical. La opción por la causa humana y el encuentro con Dios dan solidez a este compromiso, aun en tiempos de desencanto.

Lo que hacemos los agustinos no tiene nada de original. Puede y debe ser original y distinto lo que somos y cómo lo hacemos. En la sociedad actual hay expertos en todo. Faltan pedagogos de la interioridad, testigos de la misericordia de Dios. Nadie buscará en nosotros algo diferente al impacto de lo trascendente.

Estamos llamados a vivir unidos lo que nos une y separados

lo que nos separa. Dispuestos, por tanto a compartir desde la diferencia y a enriquecernos mutuamente desde la propia identidad vocacional.²

**Trasciéndete a
tí mismo**

DIMENSIÓN PERSONAL

1. ¿De qué manera estoy viviendo mi compromiso con las realidades temporales desde mi vocación laical?
2. ¿De qué cosas me tengo que convertir?
3. ¿En qué cosas estoy poniendo mi corazón?
4. ¿Cómo experimento el viejo dilema acción-contemplación?

DIMENSIÓN COMUNITARIA Y PASTORAL

1. ¿Estamos siendo comunidades que irradian a Cristo, comunidades que animan, de fraternidad, de comunicación y colaboración eclesial?
2. ¿Cómo vivimos la espiritualidad compartida entre los religiosos de mi comunidad y nosotros?
3. ¿Cómo comunidad o grupo de pertenencia, que deberíamos cambiar o convertir para servir mejor al Reino de Dios?
4. ¿Cómo está siendo nuestro compromiso con el hermano necesitado? ¿Nos hicimos alguna vez la pregunta ¿dónde está tu hermano? que aparece en las primeras páginas de la Biblia?
5. ¿Qué cosas estamos realizando para que nuestra comunidad o grupo de pertenencia sea la ciudad de Dios de la que nos habla Agustín?
6. ¿Cuáles son las características más visibles en nuestra comunidad de la Espiritualidad Agustiniiana?

² Santiago Insunza, OSA, Espiritualidad Agustiniiana y vida laical. En camino hacia Dios, notas para una espiritualidad Agustiniiana. Curia General Agustiniiana. Roma, 2005.

Orar en Comunidad

Terminamos el encuentro con un breve momento de oración. Se prepara un espacio con un mantel, la Biblia abierta y una vela encendida.

En esta ocasión hemos reflexionado acerca de la elección de Dios y de nuestra forma de ponernos al servicio de la Iglesia desde la espiritualidad agustiniana. Que la palabra de Dios nos ayude a profundizar en estos temas y a dar una respuesta a las inquietudes que hayan podido suscitarse desde la lectura de los textos y el compartir de las preguntas.

Leemos la Palabra de Dios:

El Señor me dirigió la palabra: Antes de formarte en el vientre te escogí, antes de salir del seno materno te consagré y te nombré profeta de los paganos. Yo repuse: - ¡Ay Señor mío! Mira que no sé hablar, que soy un muchacho. El Señor me contestó: -No digas que eres un muchacho: que a donde yo te envíe, irás; lo que yo te mande, lo dirás. No les tengas miedo, que yo estoy contigo para librarte -oráculo del Señor-. El Señor extendió la mano, me tocó la boca y me dijo: -Mira, yo pongo mis palabras en tu boca, hoy te establezco sobre pueblos y reyes, para arrancar y arrasar, destruir y demoler, edificar y plantar. Jeremías 1, 4-10.

Dejar un momento para que cada miembro del grupo pueda expresarse.

ORACIÓN POR LA REVITALIZACIÓN DE LA ORDEN EN AMERICA LATINA

Padre Bueno, ayúdanos a convertirnos comunitariamente.
Haz de nosotros, los Agustinos de América Latina,
una sola familia al servicio de tu Pueblo.
Danos tu Espíritu de Comuni3n y participaci3n para convertirnos en hermanos
entre nosotros, y con todos los hombres y mujeres,
allí donde vivimos como discípuos y trabajamos como misioneros.

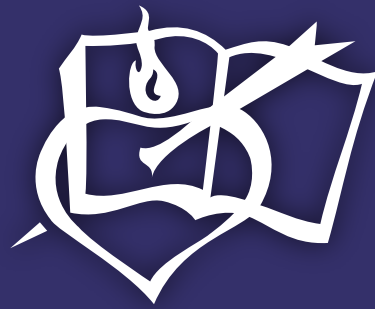
Jesús, Hijo amado del Padre, que viviste entre los pobres
amando y sirviendo a todos los hombres:
ayúdanos a convertirnos pastoralmente,
a renunciar a ejercer nuestro ministerio como una instancia de Poder,
para ejercerlo con amor, como un servicio a los hermanos.

Jesús, Buen Pastor,
Tú eres nuestro único modelo.
Que celebremos los sacramentos para promover la vida;
ayúdanos a consultar a todos los que trabajan pastoralmente con nosotros,
y mediante la reflexión de tu Palabra,
a consultarte a Ti en nuestro interior, donde Tú eres el Maestro,
para que con la colaboración de todos, llegue tu Reino a la tierra,
para nuestra salvación y la del mundo entero.

Espíritu Santo,
ayúdanos en nuestra conversi3n personal,
a ser dóciles a tus inspiraciones.
Recuérdanos siempre la Palabra de Jesús y el Rostro amoroso del Padre;
arregla en nosotros lo que está mal; realiza en nosotros lo que no podemos;
infunde en nosotros el celo apostólico que le diste a San Agustín;
danos la perseverancia inquebrantable que le regalaste a Mónica;
auxílianos en la tentaci3n y ayúdanos a liberarnos del mal en todo momento.

María, Señora de América Latina,
Madre de la Consolaci3n y Madre del Buen Consejo,
intercede por nosotros ante Jesús para que todos tengamos Vida
y Vida en abundancia;
para que llegue a nuestras parroquias, misiones,
colegios y lugares de trabajo apostólico,
la Vida Nueva, la Vida Feliz, la Vida Plena y Eterna
que nos viene por tu Hijo Jesucristo.

Amén.



Vicariato San Alonso de Orozco
Orden de San Agustín